

UNA HISTORIA DE  
LA SELECCIÓN



LA FAVORITA

KIERA CASS



ESPA  
PDF

Mientras el corazón de America Singer se debatía entre Aspen y el príncipe Maxon, Marlee, su mejor amiga, sabía exactamente lo que quería, y pagó un precio para conseguirlo...

La favorita está narrada desde el punto de vista de Marlee, quien nos cuenta lo sucedido durante la noche de Halloween en la que ella y Carter descubrieron aquello que les haría cambiar su vida para siempre.



Kiera Cass

# La favorita

**La Selección - 2.75**

**ePub r1.0**  
**Titivillus** 24.10.15

Título original: *The favorite*

Kiera Cass, 2015

Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

A Jim y Jennie Cass,  
por un montón de razones,  
pero sobre todo por crear  
Callaway.

# PRIMERA PARTE

*M*e subí un poco los tirantes del vestido, para cubrirme los hombros. Carter estaba callado; su silencio me provocaba más escalofríos que la falta de calefacción en las celdas de palacio. Había sido horrible oír sus gruñidos de dolor mientras los guardias le golpeaban una y otra vez, pero al menos entonces sabía que respiraba.

Estremecida, encogí las piernas y acerqué las rodillas al pecho. Otra lágrima me cayó por la mejilla, y lo agradecí, aunque solo fuera por la calidez del líquido sobre la piel. Lo sabíamos. Sabíamos que podía acabar así. Y, aun así, nos habíamos visto. Era

inevitable.

Me pregunté cómo moriríamos. ¿Ahorcados? ¿De un tiro? ¿O quizás algo mucho más elaborado y doloroso?

No pude evitar desear que el silencio de Carter significara que ya había muerto. O, por lo menos, que fuera él quien muriera primero. Antes que permitir que su último recuerdo fuera mi muerte, preferiría que fuera su fallecimiento lo último que recordara yo. En aquel mismo momento, solos, en aquella celda, lo único que deseaba era que cesara su dolor.

Algo se movió en el pasillo, y el corazón se me aceleró. ¿Había llegado el momento? ¿Era el fin? Cerré los ojos,

intentando contener las lágrimas. ¿Cómo había ocurrido todo? ¿Cómo había pasado de ser una de las candidatas más queridas de la Selección a la sentencia por traición, a estar allí encerrada, a la espera de mi castigo? Oh, Carter... Carter, ¿qué hemos hecho?



No me tenía por una persona vanidosa. Aun así, casi cada día, después del desayuno, sentía la necesidad de volver a mi habitación y retocarme el maquillaje antes de dirigirme a la Sala de las Mujeres.

Sabía que era una tontería: Maxon ni siquiera me vería hasta la noche. Y para entonces, por supuesto, ya me habría maquillado de nuevo y habría cambiado de vestido.

Tampoco es que tuviera mucho efecto lo que yo pudiera hacer. Maxon se mostraba educado y agradable, pero no me parecía que hubiera entre nosotros una conexión como la que tenía con otras chicas. ¿Qué tenía yo de malo? Aunque sin duda me lo estaba pasando muy bien en el palacio, tenía la sensación de que había algo más, algo que las otras chicas entendían —bueno, al menos algunas de ellas— y yo no. Antes de entrar en la Selección, me tenía

por una chica divertida, guapa y lista. Pero ahora que me encontraba en medio de un puñado de chicas cuya misión diaria era la de impresionar a un solo chico, me sentía poca cosa, aburrida e insignificante. Me daba cuenta de que habría tenido que hacer más caso a mis amigas de casa, que parecían tener prisa por encontrar marido y formar un hogar. Se habían pasado la vida hablando de vestidos, del maquillaje y de los chicos, mientras yo prestaba más atención a lo que me enseñaban mis tutores. Tenía la sensación de haberme perdido alguna clase importante, y ahora me sentía rezagada.

No. Era cuestión de no dejar de

intentarlo, nada más. Había memorizado hasta el último detalle de la clase de historia que nos había dado Silvia unos días antes. Incluso había puesto por escrito algunos conceptos para tenerlos a mano por si se me olvidaba algo. Quería que Maxon pensara que era una chica lista y completa. También quería que pensara que era guapa, así que tenía la sensación de que aquellos viajes a mi habitación eran absolutamente necesarios.

¿Cómo lo haría la reina Amberly? Ella estaba espléndida en todo momento, sin hacer ningún esfuerzo aparente para conseguirlo.

Me detuve un momento en las

escaleras para mirarme el zapato. Parecía que uno de los tacones se me había enganchado en la alfombra. No vi nada, así que seguí adelante, impaciente por llegar a la Sala de las Mujeres.

Al llegar a la planta baja me eché el cabello atrás por encima del hombro y pensé si lo que estaba haciendo no tendría un sentido más profundo. La verdad es que quería ganar. No había pasado mucho tiempo con Maxon, pero parecía amable, divertido y...

—¡Ahhh! —El tacón se me enganchó con el borde de un escalón y caí aparatosamente sobre el suelo de mármol—. ¡Auch!

—¡Señorita! —Levanté la vista y vi

a un guardia que se acercaba a la carrera —. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien. No ha sido nada. Solo el golpe... ¡Y el ridículo!

—No sé cómo pueden caminar con esos zapatos. Es un milagro que no tengan todas algún tobillo roto.

Me ofreció la mano, y se me escapó una risita.

—Gracias —dije, echándome el cabello atrás y alisándome el vestido.

—A su disposición. ¿Está segura de que no se ha hecho daño? —dijo, mirándome algo nervioso, por si tenía algún corte o magulladura.

—Me duele un poco la cadera por el golpe, pero, por lo demás, estoy

perfectamente —dije, y era cierto.

—Quizá debería llevarla a la enfermería, para asegurarnos.

—No, de verdad —insistí—. Estoy bien.

Él suspiró.

—¿No le importaría hacerme un favor e ir de todos modos? Si estuviera herida y yo no hubiera hecho nada para ayudar, me sentiría fatal. —Me miró con unos ojos azules que resultaban terriblemente convincentes—. Y apuesto a que el príncipe querría que fuera.

Seguramente en aquello tenía razón.

—De acuerdo —accedí—. Iré.

Él sonrió, torciendo mínimamente los labios.

—Muy bien —dijo, y me cogió en sus brazos. Me quedé sin aliento de la sorpresa.

—No creo que esto sea necesario —protesté.

—No importa —dijo él, y se puso a caminar, así que ya no podía bajar.

—Corríjame si me equivoco, pero usted es la señorita Marlee, ¿verdad?

—Así es.

No dejaba de sonreír, y yo no pude evitar sonreírle a él.

—He estado estudiando los nombres de todas para no equivocarme. Lo cierto es que no creo que fuera el mejor en la instrucción, y no tengo ni idea de cómo he acabado destinado en palacio. Pero

quiero asegurarme de que no se arrepientan de esa decisión, así que al menos intento aprenderme los nombres. De este modo, si alguien necesita algo, sabré de quién están hablando.

Me gustaba su forma de hablar. Era como si contara una historia, aunque solo estuviera hablándome de sí mismo. Tenía la voz ligera y se le animaba el rostro al hablar.

—Bueno, ya has cumplido con tu deber holgadamente —dije yo, para animarle—. Y no seas tan duro contigo mismo. Estoy seguro de que harías una instrucción excelente, si te destinaron aquí. Tus jefes debieron de ver un gran potencial en ti.

—Es usted demasiado amable.

¿Quiere recordarme de dónde es?

—De Kent.

—Oh, yo soy de Allens.

—¿De verdad?

Allens estaba justo al este de Kent, al norte de Carolina. En cierto modo, éramos vecinos.

—Sí, señorita —dijo, asintiendo sin dejar de caminar—. Esta es la primera vez que salgo de mi provincia. Bueno, la segunda, contando la instrucción.

—Igual que yo. Me cuesta un poco acostumbrarme al clima.

—¡A mí también! No veo la hora de que llegue el otoño, pero no estoy seguro siquiera de que aquí haya otoño.

—Ya te entiendo. El verano está muy bien, pero no si dura eternamente.

—Exacto —dijo, convencido—. ¿Se imagina lo rara que será la Navidad?

—No puede ser lo mismo, sin nieve —respondí yo, con un suspiro. Y estaba convencida de ello. Soñaba con el invierno todo el año. Era mi estación favorita.

—Desde luego que no —dijo él.

No sabía muy bien por qué sonreía tanto. Quizá fuera porque la conversación me resultaba muy natural. Nunca me había sido fácil hablar con un chico. Lo cierto era que no tenía mucha práctica, pero era agradable pensar que quizá no fuera tan difícil como pensaba.

Al acercarnos a la entrada del hospital frenó el paso.

—¿Te importaría dejarme en el suelo? —le dije—. No quiero que piensen que me he roto una pierna, o algo así.

—En absoluto —contestó él, sonriendo y chasqueando la lengua. Me dejó en el suelo y me abrió la puerta.

En el interior había una enfermera sentada ante una mesa. El guardia habló por mí:

—Lady Marlee se ha caído en el vestíbulo y se ha dado un pequeño golpe. Quizá no sea nada, pero queríamos estar seguros.

La enfermera se puso en pie,

aparentemente contenta de tener algo que hacer.

—Oh, Lady Marlee, espero que no sea gran cosa.

—No, solo me duele un poco aquí —dije yo, tocándome la cadera.

—Le echaré un vistazo enseguida. Muchas gracias, guardia. Ya puede volver a su puesto.

El guardia saludó agachando la cabeza y se dispuso a marcharse. Justo antes de que la puerta se cerrara, me guiñó el ojo y me sonrió, y yo me quedé allí, sonriendo como una idiota.

Las voces del pasillo aumentaron de

volumen y me devolvieron al presente: oí los saludos de los guardias solapándose unos a otros, todos diciendo una única palabra: «Alteza».

Maxon estaba ahí.

Me levanté corriendo y me asomé al ventanuco de mi celda justo a tiempo para ver cómo abrían la puerta de la celda del otro lado del pasillo —la de Carter— y Maxon entraba, escoltado por otros guardias. Hice un esfuerzo por oír lo que se decía, pero no pude descifrar ni una palabra. También oí algún débil murmullo de respuesta, y supe que era de Carter. Estaba despierto. Y vivo. Suspiré y me estremecí al mismo tiempo, y luego

volví a recolocarme los tirantes de tul sobre los hombros.

Al cabo de unos minutos, la puerta de la celda de Carter se abrió de nuevo; vi que Maxon se acercaba a mi celda. Los guardias le dejaron entrar y la puerta se cerró tras él. Me miró y se quedó sin aliento.

—¡Dios Santo! ¿Qué te han hecho? —dijo, acercándose y desabrochándose la chaqueta al mismo tiempo.

—Maxon, lo siento mucho —dije, entre lágrimas.

Él se quitó la chaqueta y me envolvió con ella.

—¿Te han roto el vestido los guardias? ¿Te han hecho daño?

—Yo no quería traicionarte. Nunca quise hacerte ningún daño.

Él levantó las manos y me cogió las mejillas.

—Marlee, escúchame. ¿Te han pegado los guardias?

Negué con la cabeza.

—Uno de ellos me arrancó las alas del disfraz al empujarme para que entrara en la celda, pero no me han hecho nada más.

Suspiró, evidentemente aliviado. Qué buen hombre que era, aún preocupándose por mi bienestar, incluso después de haber descubierto lo mío con Carter.

—Lo siento muchísimo —susurré

otra vez.

Las manos de Maxon se posaron en mis hombros.

—Ahora empiezo a darme cuenta de lo inútil que es resistirse cuando se está enamorado. Desde luego no te culpo por ello —dijo.

Yo le miré y vi la bondad en sus ojos.

—Intentamos parar. Te lo prometo. Pero le amo. Me casaría con él mañana mismo... si aún siguiéramos con vida.

Dejé caer la cabeza, sollozando incontroladamente. Habría querido comportarme como una dama, aceptar mi castigo con elegancia. Pero me parecía tan injusto... Era como si me lo

quitaran todo antes incluso de tener ocasión de disfrutarlo. Maxon me frotó la espalda con suavidad.

—No vais a morir.

Le miré, incrédula.

—¿Qué?

—No habéis sido sentenciados a muerte.

Suspiré con fuerza y lo abracé.

—¡Gracias, gracias! ¡Muchísimas gracias! ¡Es más de lo que nos merecemos!

—¡Para, para! —dijo, tirándome de los brazos.

Di un paso atrás, avergonzada por haber reaccionado de un modo tan inapropiado después de todo lo que

había pasado.

—No habéis sido sentenciados a muerte —repitió—, pero, aun así, se os va a castigar. —Miró al suelo y meneó la cabeza—. Lo siento, Marlee, pero mañana os van a azotar en público —dijo. Parecía que le costaba mirarme a los ojos; si no supiera que aquello era imposible, habría pensado que entendía nuestro dolor—. Lo siento. He intentado evitarlo, pero mi padre insiste en que hay que mantener las apariencias; y como ya han circulado imágenes vuestras por ahí, no puedo hacer nada para hacerle cambiar de opinión.

Me aclaré la garganta.

—¿Cuántas veces?

—Quince. Creo que la intención es ser mucho más duros con Carter que contigo, pero, en cualquier caso, va a ser increíblemente doloroso. Sé que hay gente que incluso pierde el conocimiento. Lo siento muchísimo, Marlee.

Parecía decepcionado consigo mismo. Yo, en cambio, no podía pensar en nada más que en su bondad.

Levanté la cabeza, intentando mostrarme segura de que podría superarlo.

—¿Vienes a decirme que me devuelves la vida y la del hombre que quiero, y te disculpas? Maxon, no he estado más agradecida en mi vida.

—Van a convertiros en Ochos —dijo—. Todo el mundo lo verá.

—Pero Carter y yo estaremos juntos, ¿verdad?

Asintió.

—Entonces, ¿qué más puedo pedir? Soportaré los azotes, si ese es el precio. Aceptaría también los suyos, si fuera posible.

Maxon esbozó una sonrisa triste.

—Carter me ha suplicado, literalmente, que le dieran a él los tuyos.

—No me sorprende —dije, sonriendo yo también, mientras los ojos se me llenaban de nuevo de lágrimas, esta vez de felicidad.

Maxon meneó la cabeza de nuevo.

—Y yo que pensaba que empezaba a entender lo que es estar enamorado, y de pronto os veo a vosotros dos, que queréis asumir el uno el dolor del otro, y me pregunto si he entendido algo.

Me cubrí mejor con su chaqueta.

—Sí que lo has entendido. Sé que lo has entendido —dije, mirándole a los ojos—. Ella, por otra parte..., puede que necesite tiempo.

Esbozó una sonrisa.

—Va a echarte de menos. Solía animarme para que saliera más a tu encuentro.

—Solo una amiga de verdad renunciaría a ser princesa en favor de otra persona. Pero yo no estaba hecha

para ti, ni para la corona. Ya he encontrado a la persona ideal para mí.

—Una vez me dijo algo que nunca olvidaré —recordó él, hablando lentamente—: «El amor de verdad suele ser el más inconveniente».

—Tenía razón —dije yo, pasando la mirada por la celda, y nos quedamos en silencio unos momentos—. Tengo miedo.

Me abrazó.

—Acabará enseguida. Los momentos previos serán lo peor, pero procura pensar en otra cosa mientras hablan. Y yo intentaré conseguirte las mejores medicinas, las que usan conmigo, para que te cures más rápido.

Me eché a llorar, abrumada por el miedo, el agradecimiento y mil sensaciones más.

—De momento, intenta dormir todo lo que puedas. Le he dicho a Carter que descansa también todo lo que pueda. Eso os ayudará.

Asentí, con la cabeza aún apoyada en su hombro, y él me abrazó con fuerza.

—¿Qué ha dicho? ¿Está bien?

—Le han golpeado, pero, de momento, está bien. Me ha pedido que te diga que te quiere y que hagas lo que yo te diga.

Suspiré, reconfortada por sus palabras.

—Siempre estaré en deuda contigo.

Maxon no respondió. Simplemente me abrazó, hasta que estuve más tranquila. Por fin me besó en la frente y se giró para marcharse.

—Adiós —susurré.

Él me sonrió y dio dos golpes en la puerta. Un guardia le abrió y le acompañó a la salida. Yo volví a mi lugar junto a la pared y encogí las piernas bajo el vestido, usando la chaqueta de Maxon como manta improvisada. Y me dejé llevar de nuevo por mis recuerdos...

Jada me aplicó una loción en la piel, ritual al que ya me había acostumbrado y

que me encantaba. Aunque apenas había pasado la hora de la cena y no tenía sueño, el roce de sus diestras manos significaba que la jornada de trabajo había acabado y que ya podía relajarme.

Aquel día había sido especialmente intenso. Además del moratón que tenía en la cadera, en el que me tenía que aplicar hielo constantemente, el Report había sido algo tenso. Había sido nuestra presentación ante el público, y Gavril nos había preguntado a cada una qué pensábamos del príncipe, qué echábamos de menos de nuestras casas y cómo nos llevábamos entre nosotras. A mí la voz me había salido más bien como un trino. Aunque intentaba

calmarme, a cada respuesta elevaba la voz una octava por los nervios. Estaba segura de que Silvia tendría algo que decir al respecto.

Por supuesto, no podía evitar compararme con las otras. Tiny no lo había hecho muy bien, así que al menos yo no habría sido la peor. Pero era difícil decir quién lo había hecho mejor. Bariel se sentía muy cómoda ante las cámaras, igual que Kriss. No me habría sorprendido que llegaran a formar parte de la Élite.

America también había estado estupenda. Aquello no debía sorprenderme, pero ahora me daba cuenta de que nunca había tenido amigas

de una casta inferior, y al pensarlo me sentía una esnob. Desde nuestra llegada al palacio, America había sido mi gran confidente; si yo no podía plantar batalla entre las más destacadas del grupo, me alegraba enormemente que ella sí pudiera hacerlo.

Por supuesto, sabía que cualquiera de nosotras sería mejor para Maxon que Celeste. Aún no podía creer que le hubiera roto el vestido a America. Y saber que se había ido de rositas también resultaba desalentador. No me podía imaginar que nadie fuera a decirle a Maxon lo que había hecho Celeste, así que podía seguir torturándonos a las demás libremente. Entendía que quisiera

ganar —como todas—, pero había ido demasiado lejos. No la soportaba.

Gracias a Dios, los hábiles dedos de Jada estaban eliminando toda la tensión de mi cuello. Celeste empezó a desaparecer de mi mente, igual que mi voz estridente en el Report y la incómoda postura, y la lista de preocupaciones que iban asociadas a nuestro intento por convertirnos en princesas.

De pronto alguien llamó a la puerta. Albergué la esperanza de que fuera Maxon, aunque sabía que era una esperanza vana. Quizá fuera America y pudiéramos tomarnos un té en mi balcón o dar un paseo por los jardines.

Sin embargo, cuando Nina abrió la puerta, el que estaba ahí era el guardia de antes. Me miró por encima de Nina, olvidándose del protocolo.

—¡Señorita Marlee! He venido a ver cómo está —dijo. Parecía tan contento de estar allí que no pude evitar reírme.

—Pasa, por favor —respondí, poniéndome en pie y acercándome a la puerta—. Siéntate. Puedo pedirles a mis doncellas que nos traigan un té.

—No quiero entretenerla demasiado —dijo él, que rechazó la oferta con un movimiento de la cabeza—. Solo quería asegurarme de que la caída no le había dejado secuelas.

Pensé que tenía las manos tras la

espalda para mantener cierta compostura, pero resultó que, tras el cuerpo, ocultaba un ramo de flores, que me presentó con una floritura.

—¡Oh! —exclamé, acercándome el ramo a la nariz—. ¡Gracias!

—No ha sido nada. Tengo buena relación con uno de los jardineros, que me las ha conseguido.

—¿Voy a buscar un jarrón, señorita? —preguntó Nina, que se había acercado silenciosamente.

—Por favor —respondí, entregándole las flores.

—Para tu información —dije, girándome hacia el guardia—, me encuentro muy bien. No ha sido más que

un morado, nada serio. Y he aprendido una gran lección sobre los tacones altos.

—¿Que son muchísimo mejores las botas?

Me reí de nuevo.

—Por supuesto. Pienso incorporarlas a mi vestuario mucho más a menudo.

—¡Será la creadora de una nueva tendencia en moda palaciega! ¡Y yo podré decir que conocí a la autora! — dijo, y se rio de su propia broma.

Nos quedamos los dos de pie, sonriéndonos el uno al otro. Tenía la sensación de que no quería marcharse... y me di cuenta de que yo tampoco quería. Su sonrisa era cálida; me sentí

más a gusto con él de lo que había estado con nadie en mucho tiempo.

Desgraciadamente, se dio cuenta de que sería raro que se quedara mucho rato en mi habitación, así que se despidió con una rápida reverencia.

—Creo que debo irme. Mañana tengo un turno largo.

—En cierto modo, yo también —le respondí, y suspiré.

Él sonrió.

—Espero que esté mejor, y estoy seguro de que la veré por aquí.

—Seguro. Y gracias por toda tu ayuda, soldado... —Miré su placa—...  
Woodwork.

—A su disposición, señorita Marlee.

Con una nueva reverencia, salió al pasillo y se retiró. Shea cerró la puerta con suavidad.

—Qué caballeroso, venir a ver cómo seguía —comentó.

—Es verdad —dijo Jada—. A veces con estos guardias una no sabe qué puede esperarse, pero este grupo parece agradable.

—Desde luego, este es un buen tipo —dije—. Debería hablarle de él al príncipe Maxon. Quizá recompense al soldado Woodwork por su amabilidad.

Aunque no estaba cansada, me metí en la cama. Si me acostaba, el número de doncellas presentes se reduciría de tres a una, y eso era la máxima intimidad

a la que podía aspirar. Nina se acercó con un jarrón azul que quedaba precioso con las flores amarillas.

—Ponlas aquí, por favor —le dije, y ella las colocó junto a mi cama.

Me quedé mirando las flores y una sonrisa se instaló en mis labios. Aunque acababa de sugerirlo, no le hablaría al príncipe del soldado Woodwork. No estaba segura del motivo, pero sería algo que me guardaría para mí.

El crujido de la puerta al abrirse me despertó bruscamente. Me puse en pie de golpe, ajustándome la chaqueta de Maxon sobre los hombros.

Un guardia entró y no se molestó siquiera en mirarme a los ojos.

—Las manos a la vista.

Me había acostumbrado tanto a que todo el mundo añadiera «señorita» a cada frase cuando me hablaban que tardé un segundo en responder. Afortunadamente, ese guardia no parecía dispuesto a castigarme por mi lentitud. Extendí los brazos hacia delante y me puso unos pesados grilletes en las muñecas. Cuando dejó caer las cadenas, el peso me echó el cuerpo ligeramente hacia delante.

—Camina —ordenó, y yo le seguí al pasillo.

Carter ya estaba allí. Tenía un

aspecto horrible. Sus ropas estaban aún más sucias que las mías, y parecía que le costaba mantenerse en pie. Pero en el momento en que me vio su rostro se iluminó con una sonrisa que era como un castillo de fuegos artificiales, lo que hizo que un corte que tenía en el labio volviera a abrirse y sangrara. Esboqué una sonrisa mínima. Al momento, los guardias se pusieron en marcha, llevándonos hacia las escaleras al final del pasillo.

Por nuestros viajes anteriores a los refugios, sabía que bajo el palacio había más pasajes de los que nadie podía imaginarse. La noche anterior nos habían llevado a nuestras celdas por una puerta

que yo siempre había pensado que sería un armario de ropa de cama, y ahora salimos a la planta baja por aquel mismo camino.

Cuando llegamos al rellano, el guardia que indicaba el camino se giró y se limitó a decir:

—Esperad aquí.

Carter y yo nos quedamos tras la puerta entreabierta, a la espera de que nos llevaran al lugar donde nos aplicarían nuestro humillante y doloroso castigo.

—Lo siento —susurró Carter.

Le miré a los ojos. Pese a su labio sangrante y su cabello revuelto, lo único que veía yo era al chico que había

insistido en llevarme a la enfermería, al chico que me había traído flores.

—Yo no —respondí, con toda la energía que pude.

En un instante me pasaron por la mente todos los momentos furtivos que habíamos compartido. Ante mis ojos desfilaron las veces que nos habíamos encontrado y que nos habíamos separado a toda prisa; las veces que había procurado sentarme o situarme en algún rincón de una sala porque sabía que él estaría cerca; cada guiño que me había lanzado al entrar en el comedor para la cena; cada risita contenida al pasar a su lado por algún pasillo.

Habíamos construido una relación

buscando huecos entre nuestras obligaciones de palacio. Si ahora estuviera caminando hacia mi muerte, intentaría pensar en el último mes en positivo, sintiéndome satisfecha por ello. Había encontrado a mi alma gemela. Lo sabía. Y había tanto amor en mi corazón que no quedaba espacio para los remordimientos.

—Estaremos bien, Marlee — prometió Carter—. Pase lo que pase a partir de ahora, yo te cuidaré.

—Y yo te cuidaré a ti.

Carter quiso acercarse para besarme, pero los guardias se lo impidieron.

—¡Ya basta! —nos gritó uno de

ellos.

Por fin se abrió la puerta, y empujaron a Carter al exterior, por delante de mí.

El sol de la mañana se colaba en el palacio a través de las puertas, y yo tuve que mirar al suelo para poder soportarlo.

Sin embargo, pese a lo que me desorientaba tanta luz, aún era peor los gritos ensordecedores de la multitud reunida para disfrutar del espectáculo. Al salir al exterior, entrecerré los párpados y pude ver una tribuna especial a un lado. Me rompió el corazón ver a America y a May en la primera fila. Después de que un tirón de

un guardia casi me tirara al suelo, volví a levantar la vista, en busca de mis padres, rezando para que no estuvieran allí.

Pero mis rezos no surtieron efecto.

Sabía que Maxon era demasiado bueno como para hacerme algo así. Si había intentado evitarme aquel castigo, no podía ser idea suya que mi madre y mi padre tuvieran que presenciar aquello en primera fila. Yo no quería dejar espacio a la rabia en mi corazón, pero sabía quién era el responsable de aquello. Sentí en mi interior una llamarada de odio dirigida hacia el rey.

De pronto me quitaron la chaqueta de Maxon de encima de los hombros.

Me empujaron y caí de rodillas frente a un bloque de madera. Me quitaron los grilletes y me ataron las muñecas con tiras de cuero.

—¡Este delito se castiga con la muerte! Pero el príncipe Maxon ha tenido piedad y va a perdonarles la vida a estos dos traidores. ¡Larga vida al príncipe Maxon!

Las correas de las muñecas hacían que todo aquello resultara aún más real. El miedo se apoderó de mí y me eché a llorar. Miré la piel delicada de mis manos, para recordar su aspecto más adelante. Deseaba poder usarlas para limpiarme las lágrimas. Luego me giré hacia Carter.

Aunque la cosa a la que le habían atado me tapaba la vista, él estiró el cuello para verme. Pensé en él. No estaba sola. Nos teníamos el uno al otro. El dolor solo duraría un rato, pero a Carter lo tendría para siempre. A mi amor. Para siempre.

Aunque sentía cómo mi propio cuerpo temblaba del miedo, también me sentía extrañamente orgullosa. No es que fuera a presumir nunca de haber recibido azotes por haberme enamorado, pero me daba cuenta de que habría gente que nunca sabría el privilegio que era vivir un amor así. Yo lo tenía. Había encontrado a mi alma gemela. Y haría cualquier cosa por él.

—Te quiero, Marlee. Lo superaremos —dijo Carter, levantando la voz para hacerse oír pese al ruido de la gente—. Esto pasará y estaremos bien, te lo prometo.

Tenía la garganta seca. No podía responderle. Asentí, para que supiera que le había oído, y sentí no poder decirle que yo también le quería.

—¡Marlee Tames y Carter Woodwork —dijo una voz, y yo me giré al oír nuestros nombres—, quedáis despojados de vuestras castas! Sois lo más bajo de lo más bajo. ¡Sois Ochos!

La multitud gritó y aplaudió, disfrutando con nuestra humillación.

—Y para corresponderos con la

misma vergüenza y dolor que habéis hecho pasar a su alteza real, recibiréis quince golpes de vara en público. ¡Que vuestras cicatrices os recuerden vuestros pecados!

El locutor se hizo a un lado, levantando los brazos para reclamar una última ovación del público. Yo me quedé mirando mientras los hombres enmascarados que nos habían atado a Carter y a mí echaban mano de un cubo largo y sacaban unas largas varas mojadas. El momento de los discursos ya había acabado. El espectáculo estaba a punto de empezar.

De todas las cosas en las que podía pensar, en aquel momento recordé una

clase de lengua de años atrás en la que habíamos estudiado frases hechas. Habíamos hablado de la expresión «la vara de la justicia», pero nunca me había imaginado que esa vara pudiera ser tan gruesa.

Mientras sacudían las varas para calentarlas, aparté la mirada. Carter respiró hondo varias veces, tragó saliva y volvió a fijar la vista en mí. Una vez más, el corazón se me hinchó de amor. Los azotes serían mucho peores en su caso —quizá no pudiera caminar siquiera cuando acabaran—, pero a él lo que le preocupaba era yo.

—¡Uno!

No estaba preparada en absoluto

para el golpe; solté un grito al sentir el impacto. De hecho, el dolor menguó un momento, y pensé que quizá aquello no sería tan horrible. Luego, sin aviso previo, la piel me ardió de pronto. El ardor aumentó y aumentó hasta que...

—¡Dos!

Midieron la cadencia perfectamente. En el momento en que el dolor alcanzaba su punto máximo, un nuevo azote lo aumentaba. Yo imploré piedad patéticamente, viendo cómo me temblaban las manos del dolor.

—¡Pasará! ¡Estaremos bien! — insistía Carter, soportando su propia tortura y al mismo tiempo intentando aliviar la mía.

—¡Tres!

Tras el tercer azote cometí el error de cerrar los puños, pensando que aquello aliviaría de algún modo el dolor, pero, en cambio, la presión lo hizo diez veces peor, y se me escapó un extraño sonido gutural.

—¡Cuatro!

¿Aquello era sangre?

—Cinco.

Sin duda era sangre.

—Pasará muy pronto —insistía Carter. Pero su voz sonaba ya débil.

Yo habría deseado que ahorrara esfuerzos.

—¡Seis!

No podía más. No lo soportaba. No

había modo de soportar aquello. Si el dolor iba en aumento, sin duda supondría la muerte.

—Te... quiero.

Esperé a que llegara el siguiente azote, pero daba la impresión de que había habido alguna interrupción. Oí que alguien gritaba mi nombre; casi parecía como si fueran a salir en mi rescate. Intenté girarme para mirar: fue un error.

—¡Siete!

Grité con todas mis fuerzas. Aunque los segundos de espera antes de cada golpe resultaban prácticamente insoportables, no verlos venir era mucho peor. Las manos se me estaban convirtiendo en masas hinchadas y

carnosas. Cuando la vara cayó de nuevo, mi cuerpo se rindió. Gracias a Dios, todo se volvió negro completamente y pude volver a mis sueños del pasado...

Los pasillos estaban muy vacíos. Ahora que solo quedábamos seis, el palacio empezaba a resultar muy grande. Y también pequeño al mismo tiempo. ¿Cómo podía vivir así la reina Amberly? Debía de llevar una vida muy aislada. A veces me entraban ganas de gritar, aunque solo fuera por oír algo.

Una risita lejana llamó mi atención. Al girarme descubrí a America y Maxon en el jardín. Él tenía los brazos tras la

espalda; ella caminaba hacia atrás, moviendo los brazos en el aire, como si le estuviera contando una historia. Explicó algo, exagerándolo con sus gestos. Maxon se inclinó hacia delante, riéndose y entrecerrando los párpados. Parecía como si él tuviera los brazos tras la espalda para contenerse, porque, si no, la habría abrazado allí mismo. Daba la impresión de que sabía que un movimiento así podría ser demasiado rápido y que podría llegar a asustarla. Admiré su paciencia y me alegró ver que iba por el camino de hacer la mejor elección posible.

Quizá no debería hacerme tan feliz perder, pero no podía evitarlo. Parecían

estar tan bien juntos. Maxon aportaba control al caos de ella; America aligeraba el peso de la seriedad de él.

Seguí mirando, pensando que no tanto tiempo atrás las dos estábamos en el mismo sitio. Había estado a punto de confesarle mi secreto. Pero me había contenido. Confundida como estaba, sabía que no debía decir nada.

—Un día precioso.

Aquellas palabras me sobresaltaron un poco, pero, en cuanto mi mente procesó aquella voz, viví una docena de reacciones diversas: me ruboricé, el corazón se me aceleró de pronto y me sentí de lo más tonta al darme cuenta de lo que me alegraba verle.

Un lado de su boca se levantó ligeramente, insinuando una sonrisa, y yo me fundí.

—Sí que lo es —dije—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió él. Pero su sonrisa se disipó ligeramente y arrugó la frente.

—¿Qué pasa? —le pregunté, bajando la voz.

Él tragó saliva, pensativo. Luego, mirando atrás para comprobar que estábamos solos, se acercó.

—¿Hay algún momento del día en que sus doncellas no estén? —susurró—. ¿Cuándo podría pasar a hablar con usted?

El corazón me latía tan fuerte que me daba vergüenza.

—Sí. Salen a comer hacia la una.

—De acuerdo. Pues la veré poco después de la una, entonces —dijo, con una sonrisa triste en la cara.

Y se alejó. Quizá debía de haberme preocupado más por lo que estaba pasando. Pero lo único en que podía pensar era en que muy pronto lo vería otra vez.

Miré por la ventana y observé a America con Maxon. Ahora caminaban uno al lado del otro. Ella llevaba en la mano una flor que agitaba adelante y atrás. De vez en cuando, Maxon alargaba un brazo y hacía ademán de

rodearla con él, pero luego hacía una pausa y lo retiraba de nuevo.

Suspiré. Antes o después se darían cuenta. Y no sabía si lo deseaba o no. No estaba lista para abandonar el palacio. Aún no.

Apenas toqué la comida. Estaba demasiado nerviosa. Y aunque no llegaba al extremo de lo que hacía por Maxon unas semanas antes, me sorprendí mirando mi reflejo en cada espejo que encontraba, para comprobar que todo estaba igual.

Pero no era así. La Marlee que veía tenía los ojos más abiertos; la piel, más brillante. Incluso su postura era diferente. Ella era diferente. Yo era

diferente.

Pensé que, si mis doncellas se iban, eso me ayudaría a tranquilizarme, pero solo hizo que estuviera más pendiente de la hora. ¿Qué era lo que tenía que decirme? ¿Y por qué tenía que decírmelo a mí? ¿Tendría que ver conmigo?

Dejé la puerta abierta mientras esperaba, lo cual era una tontería, porque seguro que me había estado mirando un rato antes de aclararse la garganta para hacerse notar.

—Soldado Woodwork —dije, con un tono más alegre de lo esperado. Otra vez ese dichoso trino.

—Hola, señorita Marlee. ¿Le va

bien ahora? —dijo, entrando con paso incierto.

—Sí. Mis doncellas se acaban de ir y tardarán una hora más o menos en volver. Por favor, siéntate —dije, señalando la mesa con un gesto.

—Creo que no, señorita. Tengo la sensación de que es mejor decir lo que tengo que decir rápido y marcharme enseguida.

—Oh.

Me había forjado ciertas esperanzas, frágiles, con respecto a aquella visita, por estúpido que fuera, y ahora... Bueno, ahora no sabía qué esperar.

Veía lo inquieto que estaba. Aquello me resultaba insoportable, pues pensaba

que tal vez yo misma contribuyera a aquella intranquilidad.

—Woodwork —dije, templando la voz—, puedes decirme lo que tú quieras. No tienes por qué estar tan nervioso.

Él suspiró con fuerza.

—¿Lo ve? Son precisamente las cosas así...

—¿Perdón?

Meneó la cabeza y volvió a empezar:

—No es justo. No la culpo por nada. De hecho, quería venir para asumir mi responsabilidad y pedir que me perdonara.

—Aún no lo entiendo —dije yo,

frunciendo el ceño.

Él se mordió el labio, observándome.

—Creo que le debo una disculpa. Desde que la conozco, he estado apartándome de mis puestos de guardia, esperando la ocasión de cruzarme con usted o de poder saludarla —dijo. Yo intenté ocultar mi sonrisa. Era lo mismo que había estado haciendo yo—. Los ratos en que conseguíamos hablar eran los mejores desde que estoy en palacio. Escuchar sus risas, oírla hablar de cómo le había ido el día o de cualquier cosa que quizá ninguno de los dos entendiera... Bueno..., todo eso me ha encantado.

Levantó de nuevo las comisuras de los labios, con aquella sonrisa lateral tan habitual en él. Yo chasqueé la lengua, pensando en aquellas conversaciones. Siempre eran demasiado breves o demasiado silenciosas. No me gustaba hablar con nadie tanto como me gustaba hablar con él.

—A mí también me encantan — admití, y de pronto su sonrisa desapareció.

—Por eso creo que debemos ponerles fin.

¿Realmente me habían dado un puñetazo en el estómago o era solo mi imaginación?

—Creo que estoy rebasando una frontera. Yo solo quería ser amable con usted, pero cuanto más la veo, más tengo la sensación de que tengo que ocultarlo. Y si lo oculto, es señal de que no me es indiferente.

Contuve una lágrima. Desde el primer día, yo había hecho lo mismo. Me había dicho a mí misma que no era nada, aun sabiendo que sí lo era.

—Usted le pertenece a él —dijo, fijando la mirada en el suelo—. Sé que es la favorita del pueblo. Cómo no lo iba a ser. La familia real tendrá eso en cuenta antes de que el príncipe tome su decisión final. Si yo sigo susurrándole cosas en los pasillos, ¿estaré

cometiendo un acto de traición? Quizá sí.

Meneó la cabeza de nuevo, intentando aclarar sus sentimientos.

—Tienes razón —dije, en un susurro—. Yo vine aquí por él, y le prometí lealtad. Si cualquier cosa que hubiera entre nosotros puede considerarse algo más que platónico, deberíamos pararlo.

Nos quedamos allí, mirando al suelo. Me costaba recuperar la respiración. Estaba claro que yo esperaba que aquel encuentro tomara la dirección opuesta, pero ni siquiera me había dado cuenta de ello hasta que se había producido.

—Esto no debería resultar tan difícil

—murmuré.

—No, no debería —coincidió él.

Agaché la cabeza, frotándome con la base de la mano un punto del pecho donde sentía dolor. Vi que Carter estaba haciendo exactamente lo mismo. En aquel momento lo supe. Supe que él sentía lo mismo que yo. No sería lo que se esperaba de nosotros, pero ¿cómo iba a negarlo? ¿Y si Maxon finalmente me escogía? ¿Tenía que decir que sí? ¿Y si acababa casada con otro hombre distinto del que amaba, a quien tendría que ver caminando por mi casa día tras día?

No. No me haría eso a mí misma. Olvidé cualquier principio relacionado con el protocolo y la compostura, y me

lancé a la puerta, cerrándola de golpe. Volví junto a Carter, le puse una mano en la nuca y le besé. Dudó una fracción de segundo antes de rodearme con sus brazos, pero luego lo hizo como si su vida dependiera de ello. Cuando nos separamos, meneó la cabeza, como reprendiéndose a sí mismo.

—Es una guerra perdida. Ya no hay esperanza de retirada —dijo.

Pero aunque sus palabras estaban llenas de remordimiento, la sonrisa apenas visible en su rostro revelaba que estaba tan contento como yo.

—Yo no puedo estar sin ti, Carter — dije, usando su nombre de pila, que hasta hacía poco desconocía.

—Esto es peligroso. Lo entiendes, ¿verdad? Podría significar la muerte para los dos.

Cerré los ojos y asentí. Unas lágrimas surcaron mis mejillas. Con su amor o sin él, en cualquier caso estaba invitando a la muerte.

Me desperté al oír los gemidos. Tardé un segundo en darme cuenta de dónde estaba. Entonces lo recordé todo. La fiesta de Halloween. Los azotes. Carter...

La habitación estaba mal iluminada. Al mirar alrededor, vi que apenas había espacio en ella para los jergones en los

que estábamos tendidos los dos. Intenté levantarme, pero al hacerlo no pude evitar soltar un chillido. Me pregunté cuánto tiempo tendría las manos inutilizadas.

—¿Marlee?

Me giré hacia Carter, apoyándome en los codos.

—Estoy aquí, estoy bien. Es que he intentado apoyarme en las manos.

—Oh, cariño, lo siento —dijo, con una voz que sonaba como si tuviera piedras en la garganta.

—¿Cómo estás?

—Vivo —bromeó. Estaba tendido boca abajo, pero veía la sonrisa en su rostro—. Cualquier movimiento me

duele.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—dije, poniéndome en pie y mirándolo.

Tenía la parte inferior del cuerpo cubierta con una sábana. No sabía cómo aliviar su dolor. Vi una mesita en una esquina con frascos y vendas, así como un trozo de papel. Me acerqué a leerlo.

No estaba firmado, pero conocía la caligrafía de Maxon.

Quando os despertéis, cambiao las vendas. Usad el unguento del frasco. Aplicáoslo con algodones para evitar infecciones e intentad no apretaros mucho las gasas. Las píldoras también os ayudarán. Y descansad. No intentéis salir de esta

habitación.

—Carter, tengo unas medicinas — dije, desenroscando el tapón del frasco, procurando usar únicamente la punta de los dedos.

El olor de aquella sustancia algo espesa me recordaba el aloe.

—¿Qué? —dijo él, girándose.

—Hay vendas e instrucciones — dije. Me miré las manos vendadas e intenté pensar en cómo iba a hacerlo.

—Yo te ayudaré —se ofreció Carter, leyéndome el pensamiento.

Sonreí.

—Esto va a ser duro.

—Desde luego —murmuró—. No es

exactamente como me imaginaba que me verías desnudo por primera vez.

No pude evitar reírme. Y le quise más aún por eso. En menos de un día me habían azotado y me habían convertido en una Ocho, a la espera de ser exiliada a un lugar desconocido. Y, aun así, me estaba riendo.

¿Qué más podría desear una princesa?

Era imposible calcular el tiempo que había pasado, pero no intentamos llamar a la puerta ni buscar a nadie.

—¿Has pensado adónde nos pueden enviar? —me preguntó Carter. Yo estaba en el suelo, a su lado, pasándole los dedos por el cabello—. Si pudiera

escoger, preferiría un sitio donde hiciera calor, en lugar de un sitio frío.

—Yo también tengo la sensación de que será uno de los dos extremos. — Suspiré—. Me da miedo no tener un hogar.

—No lo tengas. Puede que ahora mismo sea un completo inútil, pero puedo cuidar de ti. Incluso sé cómo construir un iglú, si acabamos en un lugar helado.

—¿De verdad?

Asintió.

—Te construiré el iglú más bonito del mundo, Marlee. Todo el mundo estará celoso.

Le besé la cabeza una y otra vez.

—Y no eres inútil, que lo sepas. No es que...

La puerta se abrió de pronto con un crujido. Entraron tres personas con túnicas y capuchas marrones. El miedo me atenazó. Entonces la primera persona se quitó la capucha, mostrando el rostro. Contuve una exclamación y me puse en pie de un salto para abrazar a Maxon, olvidándome una vez más de mis manos y soltando un quejido al sentir el dolor.

—Os curaréis —me prometió Maxon, mientras yo retiraba las manos—. El ungüento tarda unos días en surtir efecto, pero incluso tú, Carter, volverás a caminar por ti mismo muy pronto. Te curarás mucho más rápido que la

mayoría.

Maxon se giró hacia las otras dos figuras encapuchadas:

—Estos son Juan Diego y Abril. Hasta ahora trabajaban en el palacio. Ahora vosotros ocuparéis sus puestos. Marlee, si Abril y tú vais a esa esquina, los caballeros y yo nos giraremos mientras os cambiáis las ropas. Toma —dijo, dándome una túnica similar a la de ella—. Tápate con esto para hacerlo más fácil.

—Sí, claro —dije, observando a Abril, que tenía una mirada tímida.

Nos fuimos a un rincón y ella se quitó la falda. Luego me ayudó a ponérmela. Me quité el vestido y se lo

pasé a ella.

—Carter, vamos a tener que ponerte unos pantalones. Te ayudaremos a levantarte.

No quise mirar. Intenté no ponerme nerviosa al oír los sonidos que emitía Carter al vestirse.

—Gracias —le susurré a Abril.

—Fue idea del príncipe —respondió ella en voz baja—. Debe de haberse pasado todo el día repasando los registros, buscando a alguien que viniera de Panamá, después de enterarse de dónde os habían destinado. Nosotros nos vendimos como sirvientes al palacio para ayudar a nuestras familias. Hoy volveremos con ellos.

—Panamá. Teníamos curiosidad por saber dónde acabaríamos.

—Después de todo lo ocurrido, ha sido una crueldad por parte del rey enviaros allí —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

Abril miró por encima del hombro, en dirección al príncipe, para asegurarse de que no la oía.

—Yo vivía allí. Era una Seis, y no era fácil. Los Ochos..., a veces acaban matándolos por diversión.

—¿Qué? —respondí, sin poder creer lo que me comenta.

—Cada pocos meses aparece algún mendigo muerto en medio de la carretera. Nadie sabe quién ha sido.

¿Otros Ochos, quizá? ¿Ricos Doses o Treses? ¿Rebeldes? No sé, pero ocurre. Teníais muchas posibilidades de morir.

—Ahora agárrate a mi brazo —ordenó Maxon.

Al girarme vi a Carter apoyado en el príncipe, con la cabeza ya cubierta con la capucha.

—Muy bien. Abril, Juan Diego, los guardias vendrán a esta habitación. Poneos las vendas y caminad como si os doliera. Creo que os van a meter en un autobús. Vosotros no levantéis la cabeza. Nadie os mirará muy de cerca. Se supone que sois Ochos. A nadie le importará.

—Gracias, alteza —dijo Juan Diego

—. Nunca pensé que volveríamos a ver a nuestra madre.

—Gracias a vosotros —respondió Maxon—. Accediendo a abandonar el palacio, les salváis la vida. No olvidaré lo que habéis hecho por ellos.

Miré a Abril por última vez.

—Muy bien. —Maxon se puso la capucha—. Vamos.

El príncipe nos condujo al pasillo. Carter cojeaba, apoyándose en él.

—¿No sospechará la gente? —susurré.

—No —respondió Maxon, que, aun así, miraba tras cada esquina.

—El personal de los sótanos, como pinches de cocina o limpiadores, no

deben dejarse ver en las plantas superiores. Cuando tienen que subir por algún motivo, se tapan así. Cualquiera que nos vea pensará que hemos acabado de hacer algún trabajo y que volvemos a nuestras habitaciones.

Maxon nos llevó por una larga escalera que bajaba hasta llegar a un pasillo estrecho con muchas puertas a ambos lados.

—Por aquí.

Le seguimos hasta un cuartito. Había una cama encajada en una esquina y una minúscula mesita al lado. Parecía que había una jarra de leche y algo de pan encima; mi estómago rugió al ver comida. En el centro de la habitación

había una fina estera; en la pared junto a la puerta, unos estantes.

—Sé que no es mucho, pero aquí estaréis seguros. Siento no poder hacer más.

Carter sacudió la cabeza.

—¿Cómo puede ser que nos pida excusas? Se supone que teníamos que haber muerto hace horas; pero estamos vivos, juntos, y tenemos un hogar. —Maxon y él se miraron a los ojos—. Sé que, técnicamente, lo que hice es traición, pero no pretendía faltarle al respeto a usted.

—Lo sé.

—Bien. Así pues, espero que me crea cuando digo que nadie en este reino

le será tan leal como yo —dijo Carter.

En cuanto acabó la frase, soltó un gemido y cayó sobre el príncipe.

—Túmbate en la cama —dijo Maxon.

Me coloqué bajo el otro hombro, y entre los dos lo tendimos boca abajo. Ocupaba la mayor parte de la cama. Esa noche tendría que dormir en la estera.

—Por la mañana vendrá una enfermera a ver cómo estáis —añadió Maxon—. Podéis tomaros unos días de descanso. Deberéis permanecer aquí dentro todo lo que podáis. Dentro de tres o cuatro días, os pondré en el registro oficial de trabajadores. Alguien de la cocina os dará trabajo. No sé en

qué consistirá exactamente, pero procurad hacer las tareas que se os asignen lo mejor que podáis.

»Yo vendré a veros siempre que pueda. De momento, nadie sabrá que estáis aquí. Ni los guardias, ni la Élite, ni vuestras familias siquiera. Tendréis contacto con un pequeño grupo de trabajadores de palacio; las probabilidades de que os reconozcan son mínimas. Aun así, vuestros nombres a partir de ahora serán Mallory y Carson. Es el único modo en que puedo protegeros.

Levanté la vista y lo miré, pensando que, si pudiera escoger un marido para mi mejor amiga, sería él.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros —dije.

—Ojalá pudiera hacer más. Voy a intentar recuperar algunos de vuestros efectos personales, si puedo. Aparte de eso, ¿hay algo más que pueda traeros? Si es algo razonable, prometo intentarlo.

—Una cosa, sí —dijo Carter, con voz cansada—. Cuando tenga ocasión, ¿nos puede buscar un sacerdote?

Tardé un segundo en comprender el motivo de su petición. En cuanto lo hice, los ojos se me llenaron de lágrimas de felicidad.

—Lo siento —añadió—. Sé que no es la proposición de matrimonio más romántica del mundo.

—Sí que lo es —murmuré.

Los ojos se le humedecieron. Por un momento, me olvidé incluso de que Maxon estaba en la habitación, hasta que respondió.

—Será un placer. No sé cuánto tardaré, pero me encargaré de ello.

Sacó las medicinas de la planta superior, que se había metido en el bolsillo, y las dejó junto a la comida.

—Aplicaos el ungüento otra vez esta noche y descansad todo lo que podáis. La enfermera se encargará de todo lo demás mañana.

—Yo me ocuparé —dije, asintiendo.

Maxon salió de la habitación, sonriendo.

—¿Quieres comer algo, prometido?

—le pregunté.

Carter sonrió.

—Oh, gracias, prometida, pero, en realidad, estoy algo cansado.

—Muy bien, prometido. ¿Por qué no duermes un poco?

—Dormiría mejor con mi prometida al lado.

Y entonces, olvidándome completamente del hambre, me acurruqué en aquella minúscula cama, medio colgando del borde y medio apretada contra Carter. Fue sorprendente lo poco que me costó dormirme.

# SEGUNDA PARTE

*D*oblé las manos una y otra vez. Por fin se habían curado, pero, a veces, tras un largo día de trabajo, las palmas me dolían y se me hinchaban. Hasta mi pequeño anillo me apretaba más de lo normal esa noche. Estaba deshilachándose por un lado, y me propuse pedirle uno nuevo a Carter al día siguiente. Había perdido ya la cuenta de los anillos de bramante que habíamos tenido, pero para mí era muy importante llevar aquel símbolo en la mano.

Cogiendo el rascador una vez más, limpié la harina de la mesa y la eché a la basura. Otros criados estaban fregando el suelo o guardando ingredientes. Ya

habíamos preparado todo lo necesario para el desayuno. Muy pronto podríamos irnos a dormir.

Sentí un par de manos que me agarraban por la cintura y me sobresalté.

—Hola, mujercita —dijo Carter, besándome en la mejilla—. ¿Aún trabajando?

Olía a su trabajo: hierba cortada y luz del sol. Yo estaba convencida de que acabaría en los establos —o en algún otro lugar donde pudiera esconderse de los ojos del rey—, igual que a mí me habían metido en las cocinas. En cambio iba por ahí con docenas de otros jardineros, oculto a plena vista. Llegaba por la noche, oliendo a jardín. Por un

momento, era como si yo también hubiera salido.

—Ya casi estoy —dije con un suspiro—. En cuanto recoja, iré a dormir.

Él apoyó la nariz contra mi cuello.

—No trabajes demasiado. Luego puedo darte una friega en las manos, si quieres.

—Eso sería estupendo —respondí.

Me encantaban aquellos masajes de manos al final del día, quizás aún más ahora que era Carter quien me los daba. No obstante, si la jornada acababa tarde, eran un lujo del que solía prescindir.

A veces la mente se me perdía en recuerdos de mis días en la Élite. En lo

agradable que era sentirse adorada, ver a mi familia orgullosa, verme guapa. Había sido difícil pasar de recibir atenciones constantes a ser parte del servicio; aun así, sabía que las cosas podían haber sido mucho peores.

Intenté mantener la sonrisa, pero él se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Marlee? Últimamente pareces decaída —me susurró, aún agarrándome.

—Echo mucho de menos a mis padres, especialmente ahora que se acerca la Navidad. No dejo de preguntarme cómo estarán. Si yo me siento así de triste sin ellos, ¿cómo estarán ellos sin mí? —Apreté los

labios, como si así pudiera aplastar la preocupación y acabar con ella—. Y sé que probablemente sea una tontería pensar en esto, pero no podremos hacernos ningún regalo navideño. ¿Qué podría darte yo? ¿Una hogaza de pan?

—¡Me encantaría que me regalaras una hogaza de pan!

Su entusiasmo hizo que se me escapara una risita.

—Pero no podría usar siquiera mi propia harina para hacértela. Estaría robando.

Él me besó en la mejilla.

—Es cierto. Además, la última vez que robé algo, fue algo muy grande, y obtuve más de lo que me merecía, así

que ya estoy feliz con lo que tengo.

—Tú no me robaste. No soy una cafetera.

—Hmm —dijo, pensativo—. Quizá fuiste tú quien me robaste a mí. Porque recuerdo claramente que antes me pertenecía a mí mismo. Ahora, en cambio, soy todo tuyo.

Sonreí.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. No te preocupes. Sé que es una época difícil, pero no será siempre así. Y este año tenemos mucho de lo que estar agradecidos.

—Es verdad. Siento no estar más animada hoy. Es solo...

—¡Mallory! —dijo una voz. Me giré al oír mi nuevo nombre—. ¿Dónde está Mallory? —preguntó un guardia, entrando en la cocina.

Iba acompañado de una chica que no había visto nunca.

Tragué saliva y respondí:

—Aquí.

—Ven, por favor —dijo, apremiándome, pero el hecho de que dijera «por favor» hizo que no me asustara tanto.

Cada día me preocupaba más que alguien pudiera decirle al rey que Carter y yo vivíamos ocultos en su propio hogar. Sabía que si eso llegaba a ocurrir, los azotes con la vara nos parecerían un

premio en comparación con el castigo que recibiríamos.

—Enseguida vuelvo —dije, y besé a Carter en la mejilla.

Al pasar junto a la chica, esta me agarró de la mano.

—Gracias. Yo te esperaré aquí.

Fruñí el ceño, confundida.

—Vale.

—Esperamos contar con tu máxima discreción —dijo el guardia, que me condujo a algún lugar al otro lado del pasillo.

—Por supuesto —respondí, aunque seguía sin entender nada.

Giramos en dirección al ala del cuerpo de guardia. Cada vez entendía

menos lo que pasaba. Una persona de mi rango no podía entrar en aquella parte del palacio. Todas las puertas estaban cerradas, salvo una. Allí vi a otro soldado de pie. Tenía el rostro tranquilo, pero la preocupación se reflejaba en sus ojos.

—Tú haz lo que puedas —dijo alguien, en el interior de la habitación.

Conocía aquella voz. Entré y observé la escena. America estaba tendida en una cama, con una herida en el brazo, sangrando, mientras su doncella la inspeccionaba y el príncipe y los otros dos guardias miraban.

Anne, sin apartar la mirada de la herida, dio órdenes a los guardias:

—Que alguien me traiga agua hirviendo. Deberíamos tener antiséptico en el botiquín, pero también quiero agua.

—Yo la traigo —dije.

El rostro de America se iluminó y nuestras miradas se cruzaron.

—¡Marlee! —exclamó.

Se echó a llorar. No cabía duda de que estaba perdiendo la batalla contra el dolor.

—Volveré enseguida, America. Aguanta —dije, y fui corriendo a la cocina.

Saqué unas toallas de un armario. Ya había agua hirviendo en una olla, gracias a Dios, así que llené una jarra.

—Cimmy, habrá que volver a llenar

esta olla —dije a toda prisa, sin detenerme para oír sus protestas.

Luego me fui al armario de los licores. Los mejores se guardaban cerca de los aposentos del rey, pero a veces usábamos brandy para cocinar. Ya había aprendido a hacer chuletas al brandy, pollo con salsa de brandy y una nata montada al brandy para los postres. Cogí una botella, con la esperanza de que sirviera de ayuda.

Yo sabía algo del dolor.

Volví junto a America y me encontré a Anne enhebrando una aguja, mientras America intentaba controlar la respiración. Puse el agua y las toallas detrás de Anne y me acerqué a la cama

con la botella.

—Para el dolor —dije, levantándole la cabeza a America para ayudarla a beber. Ella intentó tragar, pero, más que beber, tosió—. Vuelve a intentarlo.

Me senté a su lado, evitando el contacto con su brazo herido, y volví a acercarle la botella hasta los labios. Esta vez lo hizo algo mejor. Después de tragar, levantó la vista y me miró.

—Estoy muy contenta de que estés aquí —dijo.

El corazón se me encogió al verla tan asustada, aunque ahora estuviera a salvo. No sabía qué le había pasado, pero estaba decidida a ayudarla.

—Siempre estaré a tu lado,

America. Ya lo sabes —dije. Sonreí y le aparté un mechón de cabello de la frente —. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Vi en sus ojos que su mente se debatía antes de responder:

—A mí me parecía una buena idea.

—America —respondí yo, ladeando la cabeza e intentando no reírme—, tú siempre tienes malas ideas. Tus intenciones son muy buenas, pero tus ideas siempre son horribles.

Ella apretó los labios, confirmando que sabía exactamente de lo que le estaba hablando.

—¿Son gruesas estas paredes? —preguntó Anne. Aquella debía de ser la habitación de los guardias.

—Bastante —respondió uno de ellos—. En el resto del palacio no oyen lo que pasa aquí, tan adentro.

—Bien —dijo Anne, asintiendo—. Bueno, necesito que todos salgan al pasillo. Señorita Marlee —añadió (hacía tanto tiempo que nadie, aparte de Carter, usaba mi nombre real que me entraron ganas de llorar)—, voy a necesitar algo de espacio, pero puede quedarse.

—Procuraré no estorbar, Anne.

Los chicos salieron al pasillo. Anne se puso al mando. Hizo gala de una calma impresionante mientras hablaba con America y se preparaba para coserla. Siempre me habían gustado sus

doncellas, especialmente Lucy, porque era un encanto. Pero ahora veía a Anne con nuevos ojos. Me parecía una pena que alguien tan capaz de tomar las riendas en un momento de crisis no pudiera ser más que doncella.

Anne se puso a limpiar la herida, que yo seguía sin poder identificar. America ahogaba sus gritos en la toalla que tenía en la boca. Aunque odiaba tener que hacerlo, sabía que tenía que apretarla contra el colchón para que no se moviera. Me subí encima de ella, procurando sobre todo que mantuviera el brazo recto.

—Gracias —murmuró Anne, sacándole una minúscula partícula negra

con unas pinzas.

¿Qué era eso? ¿Suciedad? ¿Asfalto? Afortunadamente, Anne ya había acabado. Solo el roce del aire ya podría provocarle una infección, pero estaba claro que Anne no iba a permitir que eso ocurriera.

America chilló otra vez, y yo procuré calmarla.

—Enseguida habrá acabado, querida —dije, pensando en las cosas que me había dicho Maxon antes de los azotes y en las palabras de Carter durante el suplicio—. Piensa en algo bonito. Piensa en tu familia.

Veía en sus ojos que lo intentaba, pero estaba claro que no funcionaba. Le

dolía muchísimo. Así que le acerqué el brandy y seguí dándole sorbitos hasta que Anne acabó.

Cuando todo hubo terminado, me pregunté si America se acordaría siquiera de aquello. Después de que Anne le envolviera la herida con una venda, nos echamos atrás y nos quedamos mirando, mientras America cantaba un villancico infantil, al tiempo que trazaba dibujos imaginarios en la pared con el dedo.

Anne y yo nos sonreímos al ver sus torpes movimientos.

—¿Alguien sabe dónde están los cachorrillos? —preguntó America—. ¿Por qué están tan lejos?

Las dos nos llevamos la mano a la boca, riéndonos con tantas ganas que se nos saltaban las lágrimas. El peligro había pasado. America estaba bien. Ahora, en su cabeza, lo más urgente era encontrar a los cachorrillos.

—Más vale que esto no se lo contemos a nadie —sugirió Anne.

—Sí, estoy de acuerdo —coincidí, y lancé un suspiro—. ¿Qué crees que le habrá sucedido?

Anne tensó el gesto.

—No me puedo ni imaginar qué estarían haciendo, pero de lo que estoy segura es de que eso era una herida de bala.

—¿De bala?

Anne asintió.

—Unos centímetros más a la izquierda y podría haber muerto.

Miré a America, que ahora se tocaba la cara con los dedos, como palpándose las mejillas.

—Gracias a Dios que está bien.

—Aunque no estuviera a su servicio, creo que desearía que fuera ella quien se convirtiera en princesa. No sé qué habría hecho si la hubiéramos perdido

—dijo Anne, hablando no ya como criada, sino desde el fondo de su corazón.

Sabía lo que quería decir. Asentí.

—Me alegro de que haya podido contar contigo. Iré a buscar a los chicos

para que se la lleven de nuevo a su habitación —dije, poniéndome en cuclillas al lado de la cama—. Eh, ahora me voy —le dije a America—. Pero tu intenta no volver a hacerte daño, ¿vale?

Ella asintió con gesto torpe.

—Sí, señora.

Desde luego, aquello no lo recordaría. El guardia que había venido a buscarme estaba de pie al final del pasillo, montando guardia. El otro estaba sentado en el suelo, en el exterior de la habitación, moviendo los dedos nerviosamente, mientras Maxon caminaba arriba y abajo.

—¿Y bien? —preguntó el príncipe.

—Está mejor. Anne se ha ocupado

de todo. America está... Bueno, ha bebido mucho brandy, así que está algo ausente. —Recordé la letra de su villancico infantil y se me escapó una risita—. Ya puedes entrar.

El guardia que estaba en el suelo se puso en pie de un salto. Maxon entró justo tras él. Yo habría querido hablar con ellos, hacerles preguntas, pero probablemente no era el momento adecuado.

Volví a nuestra habitación preocupada, agotada de pronto ahora que me había bajado la adrenalina. Al acercarme, vi a Carter sentado en el pasillo, junto a nuestra puerta.

—¡Oh! No hacía falta que me

esperaras despierto —dije en voz baja, para no molestar a nadie más—. Le he dicho que se tienda en nuestra cama, así que he decidido esperarte aquí.

—¿En la cama? ¿A quién?

—A la chica de la cocina. La que venía con el guardia.

—Ah, vale —dije, sentándome a su lado—. ¿Qué quería de mí?

—Parece que va a ser tu aprendiz. Se llama Paige. Por lo que me acaba de contar, ha sido una noche muy movidita.

—¿Qué quieres decir?

Él bajó la voz aún más.

—Era prostituta. Me he dicho que America la ha encontrado y la ha traído aquí. Así que el príncipe y America

estaban fuera del palacio esta noche.  
¿Tienes idea de por qué?

Meneé la cabeza.

—Lo único que sé es que he ayudado a Anne a coserle a America una herida de bala.

La expresión de asombro de Carter era fiel reflejo de la mía.

—¿Qué pueden haber hecho para correr un peligro así?

—No lo sé —dije con un bostezo—. Pero seguro que querían hacer algo bueno.

Aunque encontrarse con prostitutas y meterse en tiroteos no sonaba a nada realmente noble, si sabía algo de Maxon, era que siempre se esforzaba

por hacer lo correcto.

—Venga, vamos —dijo Carter—. Tú puedes dormir con Paige. Yo dormiré en el suelo.

—Ni hablar. Donde vayas tú, voy yo —respondí.

Necesitaba tenerlo a mi lado esa noche. Tenía un montón de cosas en la cabeza, y sabía que solo me sentiría segura a su lado.

Recordé que America se había enfadado con Maxon por permitir que me azotaran, y lo tonta que me había parecido entonces, pero ahora la entendía. Aunque Maxon contaba con mi máximo respeto, no podía evitar estar algo enfadada con él por haber

permitido que le hicieran daño. Por primera vez, pude ver mis azotes a través de sus ojos. Y supe lo mucho que la quería, así como lo mucho que ella debía de quererme. Si ella se había preocupado por mí la mitad de lo que yo me había preocupado por ella momentos antes, era más que suficiente.

Había pasado una semana y media. No parecía que hubiéramos vuelto a la normalidad. Allá donde fuera, todas las conversaciones giraban en torno al ataque. Yo era una de los pocos afortunados. Mientras otros murieron asesinados sin piedad por todo el

palacio, Carter y yo estábamos escondidos en nuestra habitación. Él estaba en el exterior, cuidando del jardín, cuando se oyeron los disparos. Al darse cuenta de lo que ocurría, había entrado en la cocina a la carrera, me había agarrado y habíamos salido corriendo hacia nuestra habitación. Yo le había ayudado a poner la cama contra la puerta, y nos habíamos tendido en ella, para darle más peso.

Me quedé temblando, entre sus brazos, mientras pasaban las horas, aterrada ante la posibilidad de que los rebeldes nos encontraran y preguntándome si tendrían piedad de nosotros. No dejaba de preguntarle a

Carter si no deberíamos haber intentado escapar del recinto del palacio, pero él insistía en que estábamos más seguros allí.

—Tú no has visto lo que yo he visto, Marlee. No creo que lo hubiéramos conseguido.

Así que esperamos, aguzando el oído para intentar distinguir los sonidos de los enemigos. Cuando por fin aparecieron voces amigas por el pasillo y se pusieron a llamar a las puertas, fue un gran alivio. Si te parabas a pensarlo, era algo extraño: antes de meternos en aquella habitación, el rey era Clarkson; al salir, lo era Maxon.

Yo no había nacido la última vez que

la corona había cambiado de manos. Parecía un cambio absolutamente natural para el país. Quizá porque nunca había tenido problemas en seguir las órdenes de Maxon. Y, por supuesto, el trabajo que teníamos Carter y yo en el palacio no disminuyó, así que no teníamos mucho tiempo para pararnos a pensar en el nuevo soberano.

Estaba preparando el almuerzo cuando un guardia entró en la cocina y me llamó por mi nuevo nombre. La última vez que había ocurrido algo así, America estaba desangrándose, así que reaccioné al instante. Y no tenía muy claro qué significaba el hecho de que Carter estuviera junto al guardia,

cubierto de sudor del trabajo al aire libre.

—¿Sabes de qué va esto? —le susurré a Carter, mientras el guardia nos conducía escaleras arriba.

—No. No creo que nos hayamos metido en ningún lío, pero el hecho de que nos escolte un guardia es... inquietante.

Nos dimos la mano. Sentí que mi anillo de bodas se retorció un poco, alojándose en el hueco entre nuestros dedos.

El guardia nos llevó al salón del trono, estancia normalmente reservada para recibir a los invitados o para ceremonias especiales relacionadas con

la corona. Maxon estaba sentado en el otro extremo de la sala, con la corona sobre la cabeza. Le daba un aire de sabiduría. El corazón se me llenó de felicidad al ver a America sentada en un trono más pequeño, a su derecha, con las manos sobre el regazo. Ella aún no tenía corona —eso llegaría el día de su boda—, pero lucía una tiara en el cabello que parecía un rayo de sol, y ya tenía un aspecto muy regio.

A un lado había una mesa con un grupo de asesores que repasaban montones de papeles y garabateaban notas furiosamente.

Seguimos al guardia por la alfombra azul. Se paró justo delante del rey

Maxon e hizo una reverencia; luego se hizo a un lado, dejándonos a Carter y a mí frente a los tronos.

Carter agachó inmediatamente la cabeza.

—Majestad.

Yo, por mi parte, hice una reverencia.

—Carter y Marlee Woodwork — dijo con una sonrisa. Sentí un estallido de alegría al oír mi nombre de casada, el de verdad—. En pago a vuestros servicios a la corona, yo, vuestro rey, he decidido corregir los castigos pasados a los que se os sentenció.

Carter y yo nos miramos el uno al otro, sin entender muy bien qué

significaba aquello.

—Por supuesto, el castigo físico no se puede revertir, pero otras estipulaciones sí. ¿No es cierto que ambos fuisteis sentenciados a ser Ochos?

Resultaba raro oírle hablar así, pero suponía que habría formalidades que debía seguir. Carter habló por los dos.

—Sí, majestad.

—¿Y no es también correcto que habéis estado viviendo en palacio, haciendo trabajos de Seises durante los últimos dos meses?

—Sí, majestad.

—¿No es cierto también que usted, señora Woodwork, asistió a la futura

reina en momentos de enfermedad?

—Sí, majestad —dije yo, sonriendo a America.

—¿También es cierto que usted, señor Woodwork, ha querido y protegido a la señora Woodwork, exmiembro de la Élite y, por tanto, preciosa Hija de Illéa, dándole todo a lo que podía aspirar en esas circunstancias?

Carter bajó la mirada. Casi podía verle cuestionándose si me había dado lo suficiente o no. Fui yo quien respondió:

—¡Sí, majestad! —exclamé, decidida.

Vi a mi marido parpadeando para

contener las lágrimas. Había sido él quien me había convencido de que la vida que vivíamos no sería siempre así, quien me había animado cuando los días se hacían demasiado largos. ¿Cómo podía pensar en algún momento que no fuera bastante bueno para mí?

—En pago a vuestros servicios, yo, el rey Maxon Schreave, os libero de vuestros deberes asociados a la casta. Ya no sois Ochos. Carter y Marlee, Woodwork. Sois los primeros ciudadanos de Illéa sin casta.

—¿Sin casta, majestad? —pregunté yo, frunciendo el ceño. Miré fugazmente a America y la vi radiante, con lágrimas en los ojos.

—Exacto. Ahora tenéis la libertad de tomar dos decisiones. En primer lugar, debéis decidir si queréis seguir viviendo en palacio. En segundo lugar, debéis decirme qué profesión querríais tener. Decidáis lo que decidáis, mi prometida y yo os proporcionaremos alojamiento y asistencia. Pero, incluso después de esa elección, seguiréis sin tener casta. Simplemente, seréis vosotros mismos.

Me giré hacia Carter, absolutamente anonadada.

—¿Tú qué crees? —me preguntó.

—Se lo debemos todo a él.

—Estoy de acuerdo. —Carter irguió la cabeza y se dirigió a Maxon—:

Majestad, para mi esposa y para mí sería un placer seguir en palacio y serviros. No puedo hablar por ella, pero a mí me gusta mucho mi trabajo como jardinero. Me gusta trabajar en el exterior, y querría hacerlo mientras pueda. Si el cargo de responsable del departamento queda libre en algún momento, me gustaría que se me considerara para ocuparlo, pero, en cualquier caso, estoy satisfecho con el que tengo.

—Muy bien —dijo Maxon, asintiendo—. ¿Y la señora Woodwork?

Yo miré a America.

—Si la futura reina quisiera, me encantaría ser una de sus damas de

compañía.

America dio un saltito de emoción y se llevó las manos al pecho. Maxon la miró como si fuera la cosa más adorable de todo el planeta.

—Como ves, es lo que ella esperaba —dijo el rey, que se aclaró la garganta e irguió la cabeza, llamando a los hombres de la mesa—. Quede constancia de que a Carter y Marlee Woodwork se les han perdonado sus faltas y que ahora viven bajo la protección del palacio. Que conste además que no tienen casta y que están por encima de cualquier segregación por ese motivo.

—¡Registrado! —respondió uno de

los hombres.

En cuanto acabó de hablar, Maxon se puso en pie y se quitó la corona, mientras que America se levantó de un salto y corrió a mi encuentro para abrazarme.

—¡Esperaba que os quedarais! — exclamó—. ¡Sin ti no sé qué haría!

—¿Estás de broma? ¿Sabes la suerte que tengo de poder servir a la reina?

Maxon vino a nuestro encuentro y le estrechó la mano a Carter con fuerza.

—¿Estás seguro sobre lo de la jardinería? Podrías volver a la guardia, o incluso ser asesor, si lo prefieres.

—Estoy seguro. Ese tipo de trabajo nunca ha sido lo mío. Siempre me ha

gustado más el trabajo manual. Además, estar en el exterior me hace sentir bien.

—De acuerdo. Si alguna vez cambias de opinión, dímelo.

Carter asintió, pasándome un brazo por la cintura.

—¡Oh! —exclamó America, volviendo a su trono a toda prisa—. ¡Casi se me olvida!

Cogió una cajita y volvió a nuestro lado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Ella miró a Maxon y sonrió.

—Te había prometido estar en tu boda, pero no pudo ser. Y aunque creo que es un poco tarde, he pensado que podría compensártelo con un pequeño

regalo.

America nos dio la cajita. Me mordí el labio de los nervios. Había tenido que prescindir de todas las cosas que pensaba que tendría el día de mi boda: un bonito vestido, una fiesta fantástica, una sala llena de flores... Lo único que tenía aquel día era un novio absolutamente perfecto. Gracias a eso pude pasar por alto todo lo demás.

Aun así, era agradable recibir un regalo. Hacía que resultara más real. Abrí la cajita: en su interior encontré dos sencillos aros de oro. Me llevé una mano a la boca.

—¡America!

—No sé si habremos acertado con

las medidas —dijo Maxon—. Y si preferís otro metal, podemos cambiarlos.

—Yo creo que vuestros anillos de cordel son un recuerdo estupendo —dijo America—. Espero que los que lleváis ahora los guardéis en algún lugar y los conservéis siempre. Pero hemos pensado que os merecíais algo más... permanente.

Me los quedé mirando, sin poder creer que fueran de verdad. Qué curioso: algo tan pequeño tenía un valor incalculable. Casi se me saltaban las lágrimas de la alegría. Carter me cogió la cajita de la mano y se la dio a Maxon, sacando el más pequeño de dentro.

—A ver qué tal queda —dijo, sacándome el cordel del dedo y sosteniéndolo mientras me ponía la alianza de oro.

—Algo suelto —dije, haciéndolo girar—. Pero es perfecto.

Emocionada, cogí el anillo de Carter. Él se quitó el viejo, que puso con el mío. Su alianza le encajaba perfectamente. Yo apoyé la mano sobre la suya, abriendo bien los dedos.

—¡Esto es demasiado! —dije—. ¡Demasiadas cosas buenas en un solo día!

America se situó a mi espalda y me rodeó con sus brazos.

—Tengo la sensación de que se

avecinan muchas cosas buenas —dije, abrazándola, mientras Carter le estrechaba de nuevo la mano a Maxon.

—Estoy muy contenta de haberte recuperado —susurré.

—Yo también.

—Y necesitarás a alguien que te ayude a controlarte y a no montar numeritos —bromeé.

—Pero ¿qué dices? ¡Necesitaría un ejército para controlarme y no montar numeritos!

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente —dije con una risita—. Lo sabes, ¿no? Siempre estaré a tu lado.

—No podrías agradecérmelo de un modo mejor.



KIERA CASS (EE UU, 1981). Nació y creció en Carolina del Sur. Se graduó por la universidad de Radford en Historia y en la actualidad vive en Blacksburg, Virginia, con su familia.

Kiera Cass es conocida por sus libros dedicados a la literatura para jóvenes

adultos, principalmente por las novelas de la serie *La Selección*.

También autopublicó la novela de fantasía *The Siren* (2009), que todavía no ha sido traducida al castellano.

En su tiempo libre le gusta leer, bailar, hacer videos y comer grandes cantidades de pastel.